

El Espíritu Santo y la celebración litúrgica

Victorio Araya Guillén*

Celebrar la historia de nuestra salvación es don del Espíritu Santo, que es el alma, la vitalidad, el principio de la liturgia. Celebrar la fe es signo del Espíritu, pues la esencia de la celebración litúrgica es ser epifanía del Espíritu Santo.¹

La misión del Espíritu Santo en la vida litúrgica² es el tema que nos proponemos desarrollar en este artículo. Así esperamos contribuir en perspectiva teológica a la renovación litúrgica latinoamericana. Arraigada con firmeza en su fe en Cristo Resucitado, iluminada y movida por la fuerza del Espíritu vivificador y la esperanza en el amor del Padre, la comunidad de los seguidores de Jesús, hace memoria y celebra llena de alegría, los misterios salvíficos de su fe.

Al hacer memoria de los misterios de la salvación y celebrarlos, la comunidad de los discípulos de Jesús, **fortalece su esperanza, vivifica el amor, la solidaridad y renueva su compromiso con**

* El doctor Victorio Araya, costarricense, es profesor de la Escuela de Ciencias Teológicas en la UBL.

el reinado de Dios y su justicia. ¿Cuál es pues el papel que le corresponde al Espíritu Santo en la celebración de nuestra fe? Siempre será necesario leer la celebración de nuestra fe en clave de Espíritu, el principio vital sin el cual no subsiste la acción litúrgica.

Iniciemos pues, nuestra reflexión, recordando dos ejes fundantes de la teología litúrgica:

Primero: sin celebración la fe está muerta y segundo: celebrar es estar de fiesta, es celebrar un gran acontecimiento: la llegada del don de la salvación de Dios a la humanidad (el gran *Kairós*). La liturgia es, efectivamente historia de la salvación celebrada desde la creación (protología) hasta el final de la historia (escatología). Es la celebración-actuación del misterio salvador que se hace historia, que recordamos y vivimos en plenitud, gracias a la acción del Espíritu Santo.

1. La fe se celebra

La vida litúrgica, la celebración de la fe es dimensión esencial de la vida de la comunidad de fe. Sin celebración la fe estaría muerta. La vida de fe está llamada a celebrar con alegría los misterios salvíficos³ (cf. Col. 1:26; 2:3; 4:3). En la vida del discípulo, en el seguimiento de Jesús en compromiso del Reino, se conjugan: el creer con el corazón (acogida libre del don del amor del Padre); la confesión-anuncio de la buena noticia del Reino y la celebración comunitaria de la fe. La fe-acogida del don de Dios se proclama (Rom. 10:9-10) y se celebra con alegría, esperanza y acción de gracias.

2. Celebrar el don de la Salvación

Celebrar es reunirse para festejar un acontecimiento. Celebrar es estar de fiesta. Celebrada en el Espíritu, la vida litúrgica, con alegría y acción de gracias, festeja un gran acontecimiento: la

llegada del don de la salvación a la humanidad. Salvación es el gran "sí" del amor de Dios a la vida en plenitud del mundo y de toda la creación. Esto es así, por cuanto "aquel que es la Palabra (vida-luz) habitó entre todas las personas y vimos su gloria, lo que le corresponde como Hijo Único del Padre, lleno de gracia y de verdad... de su plenitud todos y todas hemos recibido bendición tras bendición..., porque la gracia y la verdad nos vinieron por medio de Jesucristo..., el Hijo único, que es Dios y vive en íntima unión con el Padre..." (Jn. 1:14, 16, 17, 18 *Biblia Interconfesional*).

En la celebración litúrgica celebramos en el tiempo y el espacio (aquí y ahora) el amor-ternura y la misericordia-gracia de Dios Padre, fuente de luz y vida; la obra salvadora de Cristo -pasando a través de su Misterio Pascual-; la acción santificadora y consoladora del Espíritu Santo; la llegada y presencia entre todas las personas de los signos del Reinado de Dios.

Gracias al Espíritu Santo,

los hechos pasados de la historia de la salvación se convierten real y eficazmente presentes en el hic et nunc, consintiendo así a la comunidad vivir y experimentar continuamente los dones de Dios y proyectarse hacia el cumplimiento futuro del proyecto del Padre.⁴

A partir de estas afirmaciones básicas, avancemos un paso más para analizar lo que podríamos llamar "la Pneumatología litúrgica".⁵ Queremos destacar diversos aspectos del papel central del Espíritu Santo en la vida litúrgica.

3. La Pneumatología litúrgica

A modo de preámbulo, examinemos brevemente cuatro afirmaciones fundamentales.

3.1 La celebración litúrgica procede del Espíritu

Odo Casel (1886-1948), conocido por sus aportes sobre los aspectos teológicos de la liturgia, ha afirmado con claridad:

... puesto que el Pneuma es la vida de la Iglesia, la liturgia en cuanto actividad vital de la iglesia procede del Pneuma. Todos los misterios de la iglesia (mysterium fidei) son celebrados por la fuerza del Espíritu de Dios, como frecuentemente ponen de relieve los textos litúrgicos.⁶

Celebrar la fe-actividad, vital para la vida de la comunidad⁷ de fe, es vivir con hondura “la vida del Espíritu”. El Espíritu ha descendido como don a la iglesia (“iglesia del Espíritu”) a la celebración de los misterios de la salvación.

3.2 La vida litúrgica, una dimensión de “la vida en el Espíritu”

La vida litúrgica en cuanto actividad vital de la iglesia que procede del Espíritu, se constituye para la iglesia en una dimensión en profundidad “de la vida en el Espíritu” (Rom. 8).

Junto a las bellas y profundas palabras de San Pablo “donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad” (2 Cor. 3:17) podemos añadir “allí donde está la comunidad reunida para celebrar su fe, allí está el Espíritu en medio de ellos animando, vivificando su fiesta litúrgica comunitaria”.

En este sentido se puede afirmar que:

El Espíritu es el “cofundador” de la Iglesia también por medio de la liturgia...

Celebrada en el Espíritu, la liturgia consiente a los creyentes:
a) acceder al Padre por medio del Hijo (dimensión trinitaria);
b) llegar a ser “contemporáneos” y partícipes del misterio

salvífico celebrado (dimensión histórica); c) convertirse en la comunidad de los "llamados" en la cual Cristo mismo está presente (dimensión eclesial).⁸

3.3 Celebrar la fiesta litúrgica es don del Espíritu.

Celebrar la fiesta litúrgica con alegría y esperanza es un don del Espíritu. En razón de su presencia en la liturgia, la celebración se hace vida y fiesta, profundizando toda palabra, gesto, rito o símbolo. Por la gracia que supone la presencia activa del Espíritu, la celebración se hace nueva, única y fructífera para la vida de la comunidad y de cada creyente. **El fruto del Espíritu en la vida litúrgica es vida, alegría, luz, ánimo, creatividad, esperanza, consuelo, unidad y libertad.**

3.4 La vida litúrgica es aliento del Espíritu

En virtud de su presencia en la liturgia, es el Espíritu quien da vida y aliento a toda celebración (y a toda la creación) con su empuje creador. Casiano Floristán, hablando del día de Pentecostés, nos recuerda que en la Biblia el Espíritu Santo es comparado con el viento y el aliento, sin las cuales no es posible vivir. El Espíritu es respiración de Dios, viento reconfortante, huracán que arrasa o brisa que reconforta la vida, es aliento que se encuentra en la profundidad de la vida y es fuerza vivificante frente a la muerte.⁹

Por eso es siempre necesaria su presencia alentadora. De lo contrario la vida litúrgica no tendrá vida, no será fiesta, no animará la esperanza, ni invitará a la utopía.

El Espíritu Santo es el fuego que enciende las velas de la celebración, el combustible que hace moverse la fiesta litúrgica.

El Espíritu Santo es así:

- ♦ Inspiración creadora, frente a rutinas o inmovilismo.
- ♦ Aliento de vida, frente a los poderes de la muerte.
- ♦ Viento que oxigena, frente a recintos cerrados y oscuros.
- ♦ Soplo de universalidad, frente a localismos estrechos.
- ♦ Empuje comunitario, frente al individualismo o la masificación.
- ♦ Irrupción de base, frente a poderes que dominan y excluyen.
- ♦ Palabra de Dios, verdad, camino y vida de los seres humanos.¹⁰

3.5 Pentecostés, fiesta de la venida del Espíritu Santo

La celebración litúrgica destaca siempre las intervenciones salvíficas de Dios en la historia. De ahí la importancia del Pentecostés como fiesta de la venida del don del Espíritu Santo, recibido por la comunidad de la nueva alianza en estrecha vinculación con el acontecimiento pascual de Jesús.

Según el año litúrgico, la fiesta cristiana de Pascua (Cristo resucitado) se prolonga por espacio de cincuenta días. Denominado "tiempo pascual" o "cincuentena pascual"¹¹ finaliza con el domingo de Pentecostés. Los cincuenta días que van desde el Domingo de Resurrección hasta el Domingo de Pentecostés se celebran como un tiempo de alegría y júbilo, "como si se tratara de un único día de fiesta o, mejor aún, de un gran domingo".¹² Es un tiempo de profundización y expectación ante el acontecimiento pentecostal como lugar de la efusión escatológica del Espíritu.¹³

La cincuentena, efectivamente, nos permite una profundización y una experiencia singular de nuestra propia identidad cristiana y eclesial. La lectura continuada del libro de los Hechos nos hace descubrir a la comunidad primitiva:

esa comunidad de discípulos que surgió pujante en torno al resucitado, convencidos de que Jesús vive para siempre glorioso y triunfador. Es la comunidad que ha nacido del agua y del Espíritu, que se congrega regularmente para escuchar la predicación de los apóstoles, que celebra con gozo la fracción del pan, que comparte fraternalmente todos los bienes, que vive adherida incondicionalmente al Jesús de la resurrección, le reconoce presente en la fracción del pan... y espera con ansiedad su venida gloriosa al final de los tiempos. Es la comunidad que ha nacido de la pascua de Jesús, por la fuerza irresistible de su Espíritu que la anima y mantiene en la unidad. Es finalmente, la comunidad cuya vida se mantiene hoy en la Iglesia, animada por una misma fe y un mismo Espíritu.

La lectura de la primera carta y del evangelio de Juan nos hace tomar conciencia de nuestra íntima vinculación al Cristo de la pascua y de nuestra comunión de vida con el Padre en el Espíritu...

Es la vida en el Espíritu de quienes, revestidos de la luz, han descubierto su nueva condición de hijos de Dios y anticipan ya en este mundo la íntima comunión de amor con el Padre. De alguna forma, la lectura del Apocalipsis viene a completar esta perspectiva escatológica que caracteriza a toda nuestra experiencia pascual. Esta experiencia, renovada año tras año, viene a ser como una actualización periódica de la experiencia joánica del Apocalipsis: victoria de la vida sobre la muerte, de la verdad sobre el error, de la alegría sobre el llanto, de la luz sobre las tinieblas; inauguración de la nueva Jerusalén, del cielo nuevo y de la tierra nueva, del hombre y la mujer nueva y de la creación nueva.¹⁴

El Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles, reunidos comunitariamente con ocasión de la fiesta del pentecostés judío. El pueblo judío celebraba en ese día tres cosas¹⁵: la fiesta de las semanas (recolección de los cereales); el año jubilar (libertad-

liberación) y la recepción de la ley antigua (primera alianza). En el Pentecostés judío del Sinaí, Dios habló por medio de truenos y relámpagos (teofanía magnífica). En el Pentecostés cristiano del cenáculo descendió el Espíritu vivificante y creador en forma de luz que ilumina y de fuego que da calor. Ya no escribe Dios sobre piedras, sino sobre corazones de carne. La iglesia celebra el don de la nueva ley, la nueva alianza.

La fiesta cristiana de Pentecostés, al celebrar la efusión del Espíritu, celebra la apertura de la iglesia a todos los pueblos. Desde entonces, los apóstoles proclaman “en nuestra propia lengua” (en todas las lenguas) “las maravillas de Dios”, es decir, las manifestaciones del Espíritu inspirador del testimonio, del diálogo y del compromiso.

Pentecostés es, pues, la confirmación de la Iglesia como “comunidad del Espíritu de Pentecostés” que por el Espíritu recibido como fuerza de Dios, se abre a todos los pueblos y culturas y se compromete con el Reinado de Dios practicando la justicia y la *diakonía* samaritana.

El Espíritu de Pentecostés es fuerza para luchar por la vida, la justicia y el amor, luz para comprender, ayuda para servir, generosidad para amar y mantener la esperanza.¹⁶

La liturgia del domingo de Pentecostés canta un antiguo cántico al Espíritu Santo, que nos muestra su cercanía profunda e íntima. Su primera estrofa dice:

*¡Ven Espíritu Divino!
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones, espléndido;
luz que penetras las almas;
fuente de mayor consuelo...
Entra hasta el fondo del alma,
divina luz y enriquécenos.¹⁷*

3.6 La acción del Espíritu Santo en la vida misma de la celebración

En nuestras reflexiones, una realidad ha estado presente: la celebración litúrgica -en cuanto actividad vital de la iglesia- procede del Espíritu, presente y activo en todos los niveles de la vivencia del año litúrgico, **como aliento de vida, empuje creador, amor infinito, libertad total, viento impetuoso, luz que ilumina y fuego que da calor, agua refrescante, Palabra de Dios que nos interpela y abre camino.** Y así como la luz del cirio pascual se difunde por la comunidad sin que disminuya su fuente, así ocurre con el Espíritu, fuego Pentecostal, que se distribuye -derrama- sin menguar su luz y vitalidad.¹⁸

En clave de pneumatología litúrgica, podríamos resumir la multiforme actividad del Espíritu en la liturgia en torno a cuatro actividades: El Espíritu prepara, recuerda, actualiza y pone comunicación con el misterio.¹⁹

- ♦ De la misma manera que en otros tiempos de la economía de la salvación, el Espíritu prepara a la comunidad de fe para su encuentro con el Señor Resucitado. La gracia del Espíritu Santo tiende a suscitar la fe, la conversión del corazón y la obediencia a la voluntad del Padre amoroso, rico en misericordia.
- ♦ La celebración litúrgica es primordialmente memorial. Los dos grandes resortes del Espíritu para despertar la memoria de la Iglesia son la Palabra y la Anámnesis (recuerdo). Al despertar la memoria de la Iglesia, suscita entonces la acción de gracias y la alabanza (doxología).
- ♦ En la celebración litúrgica el Espíritu hace presente y actualiza el misterio de Cristo resucitado. Así, el Espíritu garantiza el realismo de la celebración litúrgica, lo mismo en cuanto al memorial del pasado como en cuanto profecía del

futuro (*parusia*). Además en la liturgia se invoca al Espíritu (epiclesis, -del griego *epikaléô*=invocación para que actualice los acontecimientos que nos trajeron la salvación.

♦ En la celebración litúrgica el Espíritu es vínculo de comunión. La fidelidad de la misión del Espíritu en toda acción litúrgica es ponernos en comunión con Cristo, para formar su cuerpo, comunión con la Trinidad y comunión fraterna.

En última instancia en la liturgia de la iglesia como en pentecostés, se derrama en nuestros corazones "el don que contiene todos los dones: El Espíritu Santo".²⁰

Conclusión

Si la liturgia es celebración, la presencia del Espíritu es vida, fuerza (*dynamis*), empuje creador, sin el cual no subsiste la liturgia. Por eso hemos dicho que la esencia de la acción litúrgica es ser epifanía del Espíritu.

Desafortunadamente no siempre hemos profundizado en la presencia y acción del Espíritu en la vida de la Iglesia y de su celebración litúrgica. Estamos ante una tarea esencial, en el corazón de un tema inescapable y aspiramos a que estas breves reflexiones contribuyan a una mayor sensibilidad pneumatológica en clave de vida, luz y fiesta.

Concluyamos en clave de celebración, confesando nuestra fe en el Espíritu, en ámbito de oración.

Al finalizar estas reflexiones, hacemos nuestra la confesión de fe del Credo: ¡CREEMOS EN EL ESPIRITU SANTO! y con fe oramos:²¹

¡Ven a nosotros y nosotras ¡Espíritu Santo!

- *Fuego de Dios*
- *Luz de Dios*
- *Torrente de Dios*
- *Alegría de Dios*
- *Aliento de Dios*
- *Vida de Dios*

guíanos

renuévanos

libéranos

confórtanos

impúlsanos

resucítanos

Ven a nosotros y nosotras ¡Espíritu Paráclito!

Espíritu creador y santificador

Espíritu renovador y consolador

Espíritu sanador y pacificador

Ven concede a tu iglesia en fiesta de celebración

¡La experiencia de Pentecostés!

Amén.

Notas

1 Cf. Alberto Aranda, *El año del Espíritu Santo: itinerario litúrgico* (Bogotá: CELAM, 1977), pp. 7-23 y el documento *En camino hacia el Reino de Dios* (Quito: Conferencia Episcopal de Ecuador, 1996), pp. 560-561.

2 En la tradición eclesial evangélica latinoamericana la palabra liturgia es poco frecuente, parece más bien ecuménica o católica. Se habla del culto, de "celebrar el culto" (de adoración, de oración, de testimonio, de predicación, etc.). ¿Qué queremos decir cuando hablamos de vida litúrgica? En sentido general queremos decir lo mismo: "la acción por la cual la comunidad de fe rinde culto a Dios". Precizando un poco más el vocabulario que utilizamos, podemos añadir que la vida litúrgica se expresa cuando la comunidad de fe se reúne para celebrar -festejar su fe por medio de gestos y palabras, de ritos y símbolos. Sobre la celebración litúrgica y el papel del símbolo y el gesto, cf. Casiano Floristán, *Celebraciones de la comunidad* (Santander: Sal Terrae, 1996), pp. 13-27.

3 En el Nuevo Testamento la palabra misterio, evoca en general el plan de Dios para la salvación del mundo. Aunque dicho plan nacido de la entraña misericordiosa de Dios es salvador, es inefable y escapa en su comprensión última de los límites de la comprensión (inteligencia) del ser humano. Este plan salvador estaba "oculto", "escondido" pero ahora está descubierto, desvelado en la persona de Cristo y su presencia histórica en medio de los seres humanos (Jn. 1:14). Misterio no significa por tanto aquella realidad oscura, inaccesible, aquello que no se puede conocer, o de lo que no se puede hablar. Este término aparece sobre todo en los escritos de Pablo, donde se traduce por plan secreto de Dios o simplemente por plan (Rom 11.25; 1 Cor 2.7; Ef 3.3; Col 1.27) cf. *La Biblia Interconfesional: NT*, (Madrid: BAC-EDICABI-SBU, 1978), p. 756; *Varios Vocabulario de las epístolas paulinas* (Estella: Verbo Divino, 1996), pp. 43-44.

4 Giuseppe Marco Salvati, "Espíritu Santo" en X. Pikaza/N. Silanes, *El Dios Cristiano*, (Salamanca: Secretariado Trinitario, 1992), p. 488. cf. D. Sartore y A.M. Triacca *Nuevo Diccionario de Liturgia*, (Madrid: Paulinas, 1989), p. 704.

5 Cf. Emilio Aliaga Girbés "El Espíritu Santo que actúa en la Liturgia" en *Anales Valentinus*, Año XXIV, 1998, N°47, p. 10.

6 O. Casel, *Misterio de la Ekklesia*, (Madrid Col. Teología y siglo XX, 1964), pp. 373-376. Su obra principal *Los misterios del culto cristiano* (San Sebastián, 1963) ha sido el texto clásico para la comprensión de la liturgia en los años anteriores al Concilio Vaticano II. cf. Luis Maldonado "Liturgia" en C. Floristán/J.J.

Tamayo, *Conceptos fundamentales del cristianismo*, (Madrid: Trotta, 1993), p. 736.

7 La iglesia -cuerpo de Cristo- es misterio de *Koinonia*. Víctor Codina destaca tres ámbitos de esta comunión:

1) Comunión con el Padre por el Mesías Jesús, en el Espíritu (2 Cor 13.13; 1 Jn 1.1);

2) Comunión con los hermanos/as en la fe que culmina en la Santa Cena, comunión con Cristo y con la iglesia (Gál 2.9-10; 1 Cor 10.16);

3) Comunión solidaria con los pobres, expresada con la exposición de la colecta que se organiza para los pobres (2 Cor. 9:13; Rom. 15:26). *La eclesiología desde América Latina* (Estella: Verbo Divino, 1994), pp. 38-39. cf. Jesús Espeja, *Crear en el Espíritu Santo* (Madrid: BAC, 1998), pp. 83-107.

8 Giuseppe Marco Salvati, *op. cit.*, pp. 488-489.

9 C. Floristán, *op. cit.*, p. 163. cf. X: Pikaza "Espíritu Santo" en C. Floristán/J.J. Tamayo, *op. cit.*, pp. 400-405.

10 C. Floristán, *op. cit.*, p. 169.

11 Cf. José Manuel Bernal, *Para vivir el año litúrgico* (Estella: Verbo Divino, 1997), pp. 127-148.

12 C. Floristán, *op. cit.*, p. 163.

13 Cf. Piero Coda "Pentecostés" en X. Pikaza/N. Silanes, *op. cit.*, pp. 1065-1067.

14 J. M. Bernal, *op. cit.*, p. 148.

15 C. Floristán, *op. cit.*, p. 178.

16 *Ibid.*, p. 169, cf. pp. 167, 171, 174, 178.

17 Citada en Romano Guardini, *El Espíritu del Dios Viviente* (Bogotá: Paulinas, 1992), pp. 9-16; 98-99.

18 C. Floristán, *op. cit.*, pp. 171, 166.

19 Cf. E. Aliaga Girbés, *op. cit.*, pp. 10-12 y el documento *En camino hacia el reino de Dios*, pp. 560-561.

20 *Catecismo de la Iglesia Católica* (Santo Domingo: Editora Corripio), 1993, CAT 1082.

21 Del Poema "Espíritu Divino" de Angel Sanz Arribas recopilado por Casiano Floristán, *op. cit.*, pp. 539-540.